



## **SIN TÍTULO**

Claudia Villahoz Rodríguez  
**IES Jovellanos (Asturias)**

Aquella mañana se había tornado mágicamente gris sin que yo me percatara. Se trataba del inconveniente más voluminoso, estresante y angustioso que había vivido jamás.

Comenzaré por el principio, como vulgarmente se hace. Han de saber que soy un olvidado artista polifacético sin más recursos que un maravilloso diccionario. Soy Abraham Smith, mi tiempo se disuelve en las cavilaciones, en la observación y en la consulta de mi diccionario.

Fue un hermoso libro de tapas duras, páginas blancas, finas, perfectas. Cada día de mi vida abría aquella maravilla. En su exterior figuraba en letras doradas: “Diccionario de la Real Academia Española. Primera edición 1714”.

A cada segundo leía, imaginaba, buscaba desesperadamente una nueva palabra. Aquel elemento de consulta cumpliría hoy 300 años. Aun así se conservaba flamante. Mis tristes y longevos dedos no debilitaban el mágico diccionario.

Pero aquella mañana ocurrió algo que me desasosegó profundamente. Eran las seis de la mañana, consideré que debía despertarme y abrir mi “RAE 1714”. Estaba debajo de mi cama. Era mi única fuente de inspiración, palabras y felicidad. Pero el diccionario ya no era el mismo. Sus tapas color granate hechas de cuero estaban podridas, raídas y mohosas. Se hacían polvo con solo tocarlas. Sus magníficas letras doradas parecían no haber sufrido daños hasta que algo más ocurrió: se desvanecieron volando en el frío viento de la mañana, sin despedirse. Burlonas, huyeron de la portada del diccionario hacia mi triste ventanuco, abandonándome.

Las hojas del diccionario continuaban tan impecables y hermosas como de costumbre, pero sus letras también se habían desvanecido hacia algún lugar mejor.

Mis viejos ojos grises se tornaron de negro, se humedecieron destrozados. Perdí los escasos cabellos blancos que malamente había conservado. Temblé. Había perdido

todos mis bienes físicos, pero la ausencia de cabello no era el problema: las palabras se habían extraviado hasta el fin de los tiempos. Aullé de dolor, pero mis alaridos eran imperceptibles para cualquier ser vivo del vasto universo. Las palabras ya no existían, tampoco los sonidos. Rompí bruscamente la ventana, a diez metros del suelo, para salir de algún modo a buscar ayuda. El lenguaje se había perdido. Nadie conocía el significado de “comunicación” y nadie desempeñaba esa maravillosa labor. En frente un bebé lloraba, pero su canto infantil se perdía en su garganta y no era perceptible. Una mujer observaba detenidamente las hojas de un libro en blanco. Abajo, una pareja de enamorados se miraba, trataban de abrir sus bocas pero sus palabras eran absorbidas por aquella extraña fuerza y la comunicación se perdía. Los diccionarios habían sido maldecidos por un hechizo y las palabras y sonidos estaban encarcelados entre rejas metálicas en algún recóndito lugar.

Había que solucionarlo. Salí de mi pobre y lúgubre hogar en busca del periódico de la comarca, “El Chispazo”, pero sus hojas no tenían letras de ningún tipo. Sólo se hallaba una voluminosa fotografía en primera página: mostraba la famosa piedra Rosetta, el más antiguo documento escrito en la historia de la humanidad. La piedra carecía de inscripciones, se veía pobre, muda y solitaria. ¿Dónde se habían escondido sus frases?

Observé detenidamente cada rincón del pueblo: el llanto de los bebés era imperceptible. Los niños no podían estudiar para sus exámenes pues sus libros estaban en blanco. La ópera que se estrenaría aquella tarde se suspendió, pues el guión ya no estaba. Los ancianos paseaban lánguidos pues los crucigramas de la prensa habían volado a causa del viento y carecían de cualquier otro entretenimiento.

Me situé en el porche de mi cabaña buscando alguna solución. Al momento divisé algo que me encendió la nevrura de los ojos, me sacó una sonrisa y levantó mis viejas y abandonadas piernas. Una palabra revoloteaba haciendo surcos sinuosos entre los cipreses. ¡Una palabra! ¡No pude dar crédito a lo que divisaba! ¡Un conjunto de letras revoloteaba divertida al igual que una joven mariposa en el estío! No podía perder la oportunidad. Agarré mi inútil cazamariposas, que jamás habría imaginado estrenar, y me dispuse a atrapar la palabra. Increíblemente lo logré. Estaba mareada, perdida y soñolienta. Era la palabra ESPERANZA. Sin mi habilidad y composición física no hubiera sido capaz de atrapar aquello, no habría podido leerla. Había conseguido obtener la primera palabra del mundo. Era el salvador. No podía perderla, pero lo hice. Mi complexión anciana fue incapaz de guardar a ESPERANZA y esta huyó con sus revoloteos mariposiles. La perseguí, pero fue inútil. La traviesa palabra atravesaba bosques, mares y montañas a la velocidad de la luz. Pero una fuerza extraña me facilitó la persecución. Milagrosamente no perdía a ESPERANZA de vista.

Divisé de pronto una jaula de dimensiones considerables situada en el punto más alto de una colina. El sol se escondía, pero se distinguía una gigantesca masa de cosas negras y extrañas. Volaban igual que abejas hacia la miel. Pensé que podría tratarse de

moscas, pero eran palabras. La masa de negras palabras era muda, pues las palabras sin dueño nunca fueron audibles para nadie. ¡Debía liberar las palabras!

La horrenda jaula metálica no contaba con ninguna puertecilla. Eran barrotes realmente anchos, por lo que podía penetrar perfectamente un ser humano de normal compleción. Pero las palabras, mareadas, no eran capaces de huir. Me interné miedosamente por uno de los barrotes junto con ESPERANZA. Esta comenzó a moverse del mismo modo que sus compañeras. Las palabras se alertaron y excitaron. Se unieron en un perfecto montón que formaba un proporcionado círculo. Y se aproximaron a mí, penetrando violentamente por mi boca, mis oídos y mis ojos. Me sentía enfermo, pero sabía que, ahora que las palabras podían ser soltadas por un ser vivo, solo debía salir de la jaula y repartirlas entre el extenso globo terráqueo.

Pero era imposible salir de la jaula. En ella, colgada de un barrote, se veía una bola, negra, metálica, de letras blancas que decían:

“FÁCIL FUE PENETRAR, IMPOSIBLE SERÁ HUIR”

Me sentía destrozado. Conservaba en mi cuerpo todas las palabras del universo, horrendas, hermosas, en cualquier idioma del mundo. Pero me veía atrapado en una estúpida jaula. Quise soltar entonces todas las palabras que se hallaban en mi interior, y así fue.

Se oyó en el mundo entero la estruendosa cantidad de palabras, idiomas y sonidos que volaron de mi boca. Más de un millón de decibelios habían salido de un anciano. ¿Se habían recuperado las palabras? No pude averiguarlo. Caí en un profundo sueño, encerrado en aquella jaula. Soñé que todos recuperaban sus palabras. Los bebés lloraban, los niños estudiaban y los libros volvían a contener aquellas hermosas inscripciones llamadas palabras. Sí, fue un sueño precioso. El último sueño de mi vida.

Fin